

# Los tres Reyes

Juan Manuel Díaz de la Torre

*—The rusted chains of prison moons  
Are shattered by the sun  
I walk a road horizon change  
The tournament's begun  
The purple piper plays his tune  
The choir softly sing  
Three lullabies in an ancient tongue  
For the court of the crimson king  
On soft grey mornings widows cry  
The wise men share a joke  
I run to grasp divining signs  
To satisfy the hoax  
The yellow jester does not play  
But gently pulls the strings  
And smiles as the puppets dance  
In the court of the crimson  
King Crimson*

Lanzó *El Aleph* al fuego. La fogata ardió con los colores del Rey Carmesí. Se imaginó un salón con esbirros del Gran Señor, criaturas con boca en el ano, cuernos atravesando los costados, escupiendo fuego y serpientes por lenguas; todos bailando al compás de una música salida del infierno. Se arrastraron y devoraron pedazos de personas que aún se retorcían. En el salón rojo, las llamas crecieron con un nuevo despojo que fue lanzado como ofrenda al Rey Carmesí.

Regresó en sí. Lo único que bailaba eran las llamas que crecieron de manera juguetona y caprichosa, exigiendo más alimento. Lanzó *Rayuela* y *Pedro Páramo*. Todos fueron consumidos. La luz mortecina de la luna acrecentó las sombras de la casona.

Volteó y por primera vez pudo observar la desesperación. El escritor intentó liberarse de la silla, que lo sujetó aún con más fuerza; lloró y sus gritos se

ahogaron en la tela amarrada a su boca. Los alambres en sus muñecas y talones le habían roto la piel y, como un filamento de luna, se abrieron camino ante la blanca suavidad de la carne, extirpando la sangre, la pus y el dolor de las heridas. La mirada imploró clemencia; Hermenegildo sonrió y le dijo:

—¿Sabes quién es el Rey Carmesí? Dicen que el Rey es alto y de piel roja, con ojos que perforan la piel. Sabe lo que piensas y envía a sus demonios a devorarte por dentro, habitando tus pesadillas en la noche. El Rey vive en el fondo de la Montaña de la Locura, y ahí amarra a sus marionetas humanas con hilos de desesperación para decidir quién entra en su reino.

Hermenegildo sacó el pedazo de tela que el escritor tenía en la boca. —No me mates, por favor, puedo publicarte, puedo darte dinero, no me mates—, imploró. Hermenegildo caminó hasta la fogata, con la tela tomó el pedazo de hierro hirviendo y escribió el nombre de Hermes en el muslo de la víctima. El objeto encendido se acercó aún más a la piel del rostro del escritor. —¿Quién eres?— le preguntó Hermenegildo. —Un simple despojo de aspiraciones olvidadas. Alguien que quiso ser adivino de las palabras y deseos, pero que únicamente consiguió renombre. ¡Qué tristeza! Alguien tan puro que se dejó manchar por amarres mundanos. Mereces morir.

Continuó acercando el hierro incandescente a la mejilla: los finos vellos en los pómulos de inmediato se quemaron, y suaves y finas estelas de humo se desprendieron de su piel para subir hasta la nocturna bóveda del techo de la vieja casona. Los Reyes rieron. Un ojo se reventó, explotó sin más al contacto del calor que vino desde otro lugar, una dimensión de oscuridad, flamas y sangre. Un líquido amarillento corrió por la mejilla y la cuenca se endureció. La piel, antes suave y delicada, se convirtió en un pedazo de piedra dura y negra, cuyo tesoro, una mirada única del mundo, se desvaneció.

El líquido le hizo pensar en los pastizales muertos del Rey Amarillo, gobernador de Carcosa; una fuente inagotable de conocimiento y perdición. ¿Es a Carcosa a dónde quieres llegar, mi querido Escritor? ¿Por qué escribes? ¿Adivinas futuros inciertos? ¿Es el escritor un adivino de palabras? Eso es únicamente el reino del Rey Amarillo. No te das cuenta, mi querido amigo, que un ojo ciego ve más que el que asegura ver.

Forcejeando, abrió la boca del escritor e introdujo el metal candente. Lloró por poco tiempo antes de desmayarse. La lengua dejó de moverse. Un pedazo de piel que no emitiría mentiras tomó su lugar. Los dientes cayeron, la sangre se derramó.

Los colores de la fatalidad se confundieron. Un amarillo perdido, un rojo sangre, un negro quemado y la luna blanca que iluminó la estancia desde un tragaluz con vidrios rotos. El Rey Blanco, el único con nombre, el Gran Dios Pan, no se hizo presente. Aún no era su momento, pero Hermenegildo, Hermes, supo que, en la locura

del dolor, el escritor lo había visto. Solo para asegurarse, presionó la punta del pedazo de hierro justo en medio su frente. La piel cedió y, poco a poco, se abrió un orificio.

—No te preocupes amigo. Duele, sí, pero es el precio por pagar— y perforó frente y cráneo. El metal entró y, pausadamente, la expresión de dolor se transformó en una sonrisa. Hermenegildo se dio cuenta de que vio al Rey Blanco. —Bienvenido— dijo —ya están los tres reunidos, podemos empezar.

*Seremos lo que seremos, no hay otra forma de cumplir con lo que está escrito. Una palabra escrita es una promesa cumplida. No puede ser de otra manera, el papel en blanco es el horizonte perdido entre las ciénagas de la memoria del agua empantanada. Crece una raíz en la conciencia, se convierte en árbol y sus hojas brillantes tratan de capturar las bendiciones de Apolo en forma de luz. Así nos encontramos, entre las aguas oscuras de la inconsciencia y el cielo blanco resplandeciente. El tronco en tensión somos nosotros. Nos tiran las fuerzas contrarias pero amantes, hasta que entendemos que el agua y el cielo no son opuestos, sino parte del mismo mundo. El nuevo mandamiento es entender que las cosas existen por el movimiento en su interior, nosotros viajamos de la inconsciencia a la conciencia, de lo que somos a lo que seremos. Lo que escribimos es una hoja de ruta personal, y solo si escribimos podemos llegar a vislumbrar algo más allá de nosotros mismos.*

Cuando Hermenegildo terminó de escribir, dejó caer la brocha al suelo. Salpicó el pantalón de mezclilla y sus zapatos negros. «Qué importa» pensó, «ya tengo manchada la cara y las manos y la piel». El rojo de la sangre seguía goteando y las letras se escurrieron un poco. A su espalda, los pedazos de cadáveres se balancearon e hicieron rechinar la madera del cuarto. Atesoró el momento en que cortó con cuidado las extremidades y las cabezas. Abrió cráneos buscando nuevas historias que contar. No encontró ninguna que valiera la pena. «¿Por qué no hay historias que inspiren un asesinato? Estas cabezas no siembran flores nuevas, ¿es que necesitan el dolor y el aire de lo vivo? Pobres de aquellos que solo escriben en vida y no pueden continuar en muerte. Es justo que hayan servido de fertilizante». Pensó Hermenegildo prendiendo, un cigarro y manchándolo de rojo.

La luz blanca y fría del *flash* del celular fue testigo último ante los directores de la Escuela de Escritores. Coleccionó recuerdos y cabezas de Just, Parra, Bernal, Gonzáles y Soler. Sin ceremonia se despidió. —Adiós, charlatanes— les dijo, y empezó a rociar gasolina en su departamento de dos pisos. Cuartos, persianas, baños, cocina, sillón y libros quedaron empapados. Y con una caja de cerrillos prendió fuego a esas historias

inocuas que no hacen más que embelesar el engaño de los que se levantan como profetas. No esperó a que el fuego creciera, poco le importó, el cometido estaba hecho.

Salió y condujo. El volante y el cinturón de seguridad se tornaron de un rojo frío que tranquilizó su cuerpo. Manejó en dirección norte hacia Tlalnepantla, atravesó Valle Dorado y llegó a la colonia popular de San Andrés hasta el cementerio municipal. Antes de salir del auto, sacó de una mochila pedazos de papel en los que había escrito sus últimas promesas y los guardó en la chamarra de piel. Saltó la barda y su pie se dobló, no le quedó más que cojear hasta el centro del cementerio, donde empezó a recitar unas frases extrañas. Ningún vivo pudo entenderlas, las palabras con formas de poema eran solo para los muertos. En algún lugar, los tres Reyes sonrieron. La luna brilló y la noche se quedó quieta.

Hermenegildo dejó en su camino un sendero ondulante de sangre que goteaba de una cabeza abierta con el rostro hundido. Tras varios golpes, abrió el cráneo de un escritor cuyo nombre quiso olvidar, aunque tenía presente *El libro de las pasiones*. Intentó golpearlo, primero, con una estatuilla del premio Alfaguara, pero al primer contacto se rompió en dos y buscó otro objeto. Un martillo acabó siendo arma justiciera. Uno, dos, tres golpes hasta que un ruido seco y certero sumió la frente del escritor, revelando parte del cerebro. Los lentes se clavaron en las cuencas, y la nariz, ahora chata, había explotado, salpicando sangre y mucosidad. Un líquido verdoso, mezcla de diversos fluidos, bajó por los costados de la cabeza hasta bañar el cabello negro, arremolinado y grueso. Ahí se anidaron, junto con las ideas del escritor, personajes no escritos, mundos posibles y secretos que nunca fueron contados. En lo más profundo de la conciencia del titiritero, su vergüenza se tradujo en palabras que dieron forma a los destinos de seres todavía no bien dibujados, el drama de vidas inconclusas cuyos deseos nunca fueron resueltos.

Ese fue el único mandato de los tres Reyes, —No permitas que nazcan nuevas tragedias, no permitas que escriban y destrocen nuevas vidas—. Ese fue el mandato. Escogieron a alguien roto por la pluma y las palabras. No fue un accidente, los terrores de Hermenegildo se concretaron en tres figuras: los tres Reyes que le hablaron a través de palabras sagradas, más allá del tiempo y el espacio, penetrando cualquier velo de conciencia. En la orilla de la cordura, justo como si estuviera en una costa hendida de oscuridad, en una playa alejada de toda sanidad, ante un mar completamente oscuro, escucha sus voces, todas al mismo tiempo y, a la vez, ninguna. Los Reyes le dicen qué hacer y en sueños controlan sus manos, sus deseos se evaporan fugaces como las últimas gotas de lluvia que desaparecen ante la inclemencia del

sol. Pronto, ya no quedan rastros de brisa ni de pensamientos, tampoco de recuerdos, y son esos últimos los que Hermenegildo quiere olvidar. En su cabeza se dibujó una imagen llena de agua y de sangre, y también de furia: él de niño, tratando de borrar moretones y heridas en la regadera. El agua se lleva las lágrimas y la sangre, pero no el dolor, ese se queda haciéndole temblar las piernas mientras finos hilos rojos bajan de su entrepierna y sus nalgas. De cuclillas, porque no puede sentarse, jura ante lo más oscuro de su corazón que se llevará al infierno al que irrumpió en la noche y entró en su cama. Promete, también, condenar a todos los escritores que crucifican a inocentes en el nombre de su arte. —Tranquilo— le dijo, —esto es un juego, pero no le digas a nadie. Recuerda, eres mi favorito— Y así empezó a odiar la literatura y la palabra escrita. Pero Hermenegildo aprendió que, para exorcizar demonios, primero se deben nombrar. Buscó nombres, los inventó y pronunció de todas las formas posibles: de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, solo las vocales, solo las consonantes. Esos demonios eran quienes escribían; quienes, desde un púlpito construido de fama, emociones, razón y reputación, se levantaban y engañaban a toda la sociedad. Los taimados genios de la pluma no eran más que simples embusteros hipócritas iniciados en las artes de la tortura y el engaño.

Decidió ser el mejor cazador de monstruos y de aberraciones. Y para serlo, él mismo se transformó en uno de ellos. Tomó sus expresiones, sus gustos y visiones. Estudió letras, se hizo un lector voraz y practicó la escritura hasta convertirse en una gran promesa. Se convirtió en depredador de seres inferiores que quisieron seguir sus pasos. Para Hermenegildo, esto era un acto de misericordia —Evito que se conviertan en seres despreciables, en demonios que solo usan a las personas a su antojo. No te preocupes, terminará pronto— Le dijo a quienes amarró a la mesa del comedor con brazos y piernas abiertas, boca amordazada y ojos de terror. Así escribió la mayoría de su obra, con navaja en mano. Hermenegildo creó poemas en la piel de aspirantes a escritores, citó en repetidas ocasiones a Mishima, Shakespeare, Pirandello, Malaparte y Hamsun. El dolor y la purificación siempre terminaban cuando firmaba su obra con una navaja fina, propia para manipular y hacer trazos sutiles. Después de cercenar los cuerpos, los sembraba en el parque detrás de su departamento, donde los cadáveres se convirtieron en verdaderas obras de arte con forma de árboles, flores y plantas.

El autor sembró cabezas. Cortó cada cuerpo con cuidado y en el jardín de su casa plantó las cabezas de los escritores que había asesinado. La de Bernal quedó a un costado de una nochebuena que solo florece en las noches sin luna, tuvo el cuidado

de poner a Córdoba Just junto a un naranjero y Parra fue sembrado al pie de su ventana. Guardó la sangre para regar la tierra y las plantas. Cada día, Hermenegildo les puso adornos distintos: guirnaldas de hojas, incienso, imágenes de ellos en vida, agua, sal, vinagre y cenizas de sus libros quemados. Lo que nunca dejó a su alcance fue alguna pluma o tinta con la que pudieran escribir.

—La escritura —dijo Hermenegildo— es una forma de llegar al mundo más allá del mundo. Vean el *Necronomicón*, yo creo fervientemente que con ese libro se puede acceder a otros planos. Lovecraft nunca nos mintió, lo que pasa es que nadie le quiso creer.

Los alumnos escucharon atentamente a su maestro. En cada taller, Hermenegildo recalca con insistencia la cualidad mística de la literatura, esa forma de acceder a regiones escondidas de uno mismo; la escritura como forma de trance, una meditación con pluma en mano que lleva a rincones de la mente, los cuales, la mayoría de las veces, llevan a lugares muertos en nuestro interior.

Mucho aprendió de Parra y de Bernal, escuchándolos hablar de los arquetipos junguianos y el tarot. En su primera novela usó los arcanos como símbolos de la mente de su personaje principal, un asesino llamado Serafín. El colgado, el loco, el hierofante, el emperador, la muerte, el sol, la torre. Todos los arcanos mayores le llamaron la atención desde que empezó a escribir y, para él, no era coincidencia. Los abismos interiores reclamaron su atención y la ruta de acceso era la escritura.

—Escribir es una forma de conciencia. Para mí es llegar al recuerdo detrás del recuerdo, a esa parte a la que tenemos miedo de penetrar, que sabemos que está ahí pero no queremos atravesar. Poco a poco, vamos bordeando ese secreto con la escritura, nunca lo revelamos, pero se va delineando y siempre esperamos que podamos acceder a lo que se esconde.

—¿Entonces nunca sabemos de qué escribimos?

—En mi opinión, no. Es un intento de descubrirlo, pero nunca vamos a saber plenamente qué se esconde en esa parte de nosotros. Bueno, hasta aquí lo dejamos. Nos vemos la próxima semana.

—Qué onda, Hermes, ¿cómo estás?

—Qué pedo, Guso, qué pinche milagro. Todo bien, gracias, ¿y tú, carnal?

—Bien, gracias. Oye, ¿qué crees?

—¿Qué paso?

—Se murió Soler Frost.

—No mames, ¿neta?

—Sí, güey. Lo mataron.

—¡Verga! ¿En serio? ¿Qué pedo?

—Sí, lo encontraron ayer en su casa. Tenía distintas heridas en el pecho. Lo acuchillaron varias veces.

—Madres, qué poca madre. ¿Por qué o qué pedo?

—Se metieron a robar a su casa. Había cajones abiertos, todo estaba tirado, al parecer se llevaron una computadora, una tele y no sé qué más.

—Chale, qué poca madre.

En la mente de Hermenegildo se cruzaron las imágenes de Soler Frost escupiendo sangre en el momento en que su cuchillo cortaba oscuridad y piel. En la noche sin luna, sin luz, sin reflejo de benevolencia, Hermenegildo visitó a Soler Frost y mientras el autor dormía, Hermes, cada vez más Hermes, empujó, con la mano derecha, la hoja decisiva de plata y dejó correr la sangre por nueve orificios en el pecho. Una mueca parecida a una sonrisa hizo que se estiraran los labios de Hermenegildo hacia su lado derecho, la misma que apareció en su rostro pero que quiso disimular mientras prendía un cigarro y hablaba con Guso.

—Córdova quiere hacerle un homenaje aquí.

—Va, estaría chingón. Yo quiero hablar, fui su alumno cuando la escuela estaba en Coyoacán.

—Me parece perfecto, yo le digo a Córdova.

—Gracias.

La luz de la hora dorada recorrió los rostros, uno de los dos entrecerró los ojos, el otro no dejó de ver la expresión. Uno inhaló el humo y el otro usó su mano para esconder su rostro del sol. Uno de ellos pensó «ya estás en el Edén». El otro no siguió cubriendo sus ojos. El humo voló y nadie preguntó nada.

El Rey Amarillo se descubrió el rostro, tomó del cuello a Hermenegildo y lo jaló hacia sí. Antes de percatarse de la figura cadavérica que tenía frente a él, antes de ver esas cuencas vacías reflejantes de luz, los gusanos entrar por la boca y esconderse detrás de las muelas, antes si quiera de percibir el aliento que llenó sus fosas nasales y que días después le habría de recordar al cuerpo de un perra muerta recién parida que encontró en el baldío a un lado de su casa —los cachorros aún intentaban chupar la leche de su madre, por lo que su padre y el jardinero, dada la grave infección y la inanición que sufrieron los pequeños animales por tratar de alimentarse de un cadáver, decidieron que lo más humano era sacrificarlos y una pala retumbó en el suelo yermo hasta que ya no hubo movimiento.— Antes de darse cuenta de cualquiera de estas cosas, Hermenegildo sintió calor y pequeñas navajas cortando la piel de su cuello. Los dedos alargados, con sigilosa furia, apretaron con más fuerza cada una de las vértebras que sostenían su cabeza.

El Rey Amarillo habló un idioma únicamente entendible para aquellos que vivieron en Carcosa. En un inicio, Hermenegildo escuchó gruñidos de distintas tonalidades, respiraciones que salieron por donde alguna vez hubo una nariz, al tiempo que el aire respirado viajaba por las mejillas desgarradas y el orificio de la garganta, por el cual cayeron gusanos, algunos al suelo y otros al estómago. Sin embargo, los gruñidos fueron formándose y construyendo palabras que Hermenegildo pudo entender.

Te hemos elegido.

Tres veces santo.

La muerte te acompañó

Ahora podrás compartirla

Abraza a los falsos poetas y

Acalla mentiras

Regresaremos.

Las caprichosas sombras bailaron al compás de las palabras cavernosas de la figura encapuchada. Hermenegildo observó una hilera de dientes que regalaban la oscuridad de la boca. Con cada movimiento de la mandíbula, la oscuridad aumentaba o se reducía. Hermenegildo no pudo dejar de ver esa oscuridad caprichosa y al fondo escuchó palabras que no viajaron por el viento, sino que reptaron por el suelo. El encapuchado las dejó caer como si un depredador de grandes fauces estuviera masticando animalejos todavía vivos; en los dientes de aquella criatura las palabras-animalejos se retorcieron, llegaron al suelo y los que pudieron moverse escalaron por la pierna de Hermenegildo y entraron por su boca, ojos y oídos. Los sintió reptar en su garganta y adentro de su cabeza. Supo que lo habitaron conciencias que no era suyas y, por fin, después de mucho tiempo, desde aquella sangrienta noche en la que tenía once años, en la que un escritor entró a su habitación, se acostó en su cama y le susurró al oído: «No te muevas, no se lo digas a nadie»; volvió a tener miedo.

**Juan Manuel Díaz de la Torre.** Profesor de la Universidad Iberoamericana (UI), México y de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Consultor y administrador de proyectos en 17, Instituto de Estudios Críticos.

*Recibido:* 16 de abril de 2021

*Aprobado:* 10 de junio de 2022